

mo ha pasado con el Gral. Díaz, que se ha perpetuado en el Poder, según dicen los serviles, empeñado en hacer nuestra felicidad. El Gral. Reyes también había de tener ese empeño, y como aun no llega á la senectud, fácil será imaginarse que pesarian sobre la Patria largos años de absolutismo y de tiranía, que darían por resultado la total muerte de las energías de los ciudadanos.

De modo, que ninguna de las dos personalidades conviene á la Nación, que quiere hombres de positivo mérito y acendrado patriotismo. El patriotismo del Lic. Limantour es dudoso, incierto como su nacionalidad misma. El del Gral. Reyes, no hay que tomarlo en consideración, porque á los hombres pasionales como él, por más amor que tengan á la Patria, siempre se sobrepone el orgullo personal, siempre los acomete el amor propio, que cegándolos, los conduce á cometer aberraciones políticas, que, cuando colman la medida en la pasiva sumisión de los ciudadanos, los esclavos, los mansos corderos que aparentemente consentían en dejar girones de su dignidad en las manos de los sátrapas, se esperezan, sacuden su indiferencia y ese sacudimiento hace correr ríos de sangre, y hace pedazos los cotros de los déspotas. Ese sacudimiento, es lo que se llama revolución.

Y los mexicanos ya no queremos revolución; por eso es que queremos que haya libertad, que se acabe el personalismo, que surja á practicar sus sublimes funciones el poder popular, y que el Gral. Reyes no sea jamás Presidente de la República.

Su presencia en el Poder sería peligrosa, como sería desquiciadora la presencia en él del Lic. Limantour, si no es mexicano.

Por otra parte, nos parece exajeradamente tiránica la decisión del Presidente Díaz en lo que respecta á dejar sucesor. El no tiene derecho alguno para imponernos gobernantes para cuando muera. Esa autoritaria voluntad no puede dispensarse ni por razones de orden, porque cumpliéndose, se cumpliría el desorden, y no es aventurado creer, que se cumplirían también las necias jactancias de

los norteamericanos de apropiarse de nuestro territorio, porque esos ambiciosos se aprovecharían del desorden para sentar sus reales en nuestra Patria. Basta ya de tan agobiadora tutela, los mexicanos hemos crecido lo bastante para elegir nuestros funcionarios, esto es, los funcionarios que satisfagan las aspiraciones populares, y no como los que tenemos la desgracia de soportar, que solo satisfacen el capricho y la voluntad del Presidente ó del clero.

Necesitamos funcionarios patriotas y liberales que trabajen por el bien del pueblo y no por el medro personal. Por esa razón es que aspiramos á tener un Presidente emanado del pueblo, un Presidente que no se reelija, un Presidente verdaderamente demócrata y liberal, que vea con asco las políticas conciliadoras, hijas de la debilidad y de las voluntades medrosas.

Por ello excitamos á todos los buenos mexicanos á que fijen su atención en un hombre incorruptible. Excitamos á los buenos mexicanos para que formen agrupaciones compactas y viriles, de las que haya huido el miedo, de las que se haya arrojado á la cobardía política que nos agobia y que nos mata, para dar cabida al valor civil y á la firmeza de caracter, únicas virtudes que unidas al patriotismo pueden hacer que un pueblo sea grande, respetable y respetado.

Excitamos á los buenos mexicanos á que instalen agrupaciones políticas, en las que se discutan los actos buenos ó malos de los gobernantes, en las que se trate desde la arbitrariedad del Primer Magistrado de la Nación, hasta la burda alcaldada del más insignificante de los caciquillos de aldea.

Cuando la Patria cuente con un buen número de agrupaciones de esta índole, podemos decir que estamos salvados; que nuestra República no correrá peligros interiores ni exteriores.

En esas agrupaciones se aquilatarán los méritos de las personalidades avocadas á ocupar puestos públicos, y de ese modo no volveremos á pasar la vergüenza de que un mandatario, esto es, un servidor del pueblo, olvide su papel y trate de ha-